

da política de algunos entre ellos, á nosotros tocara imitar el silencio de Jesucristo y su obediencia á las órdenes de Dios su Padre; pero sirva de provecho para nosotros el ejemplo de Pilato. Nosotros entramos en el mundo llenos de buena voluntad, de buenas intenciones. Nada queremos hacer contra nuestra conciencia y contra nuestra salvacion. Hasta aquí todo va bien, pero examinémonos seriamente, y veamos si con esta voluntad no tenemos otra de agradar al mundo; si esta segunda voluntad no sirve de contrapeso y de contraste á la primera; si no tenemos en mira el conciliar la una con la otra, omitiendo en alguna parte la severidad de la obligacion por complacer al mundo y no ofenderlo... Persuadámonos bien que si damos lugar á conciliacion estamos perdidos. Nosotros mismos, pero ya muy tarde, caeremos en la cuenta de que la union de la propia obligacion y de la complacencia es imposible. ¿Queremos, pues, mantenernos y merecer tambien los elogios del mundo? Aprendamos á resistirle y á desagradarle cuando la ocasion se presente; nuestros sentimientos ni le sean ocultos ni equívocos; declarémonos francamente en favor de la virtud, de la justicia, de la caridad, de la religion, de la fe, de la sumision á la Iglesia, de la piedad y de la propia obligacion. Cuando el mundo nos verá resueltos, ya no tendremos que temer de su parte ni gritos ni tumulto. 2.º *Aplicacion de este ejemplo á nuestra conducta interna...* Todos tenemos en nosotros mismos una especie de estado que gobernar, un estado agitado de facciones dividido por diferentes intereses; sujeto á sediciones y á rebeliones, y donde lo que hay de mas vil, mas ciego y mas despreciable hace continuos esfuerzos para tenerlo todo sujeto á sí, y dar la ley... ¡Ay de mí! ¡cuántos gimen al ver que en sí mismos todo está en consternacion y en el mas horrible desórden! Se lamentan que no son ya los señores ni dueños de sí, que las pasiones los arrastran á los placeres, y les hacen hacer cosas que ellos detestan, de que se avergüenzan, y de que se arrepienten. ¿De dónde, pues, procede esto? Procede de no haber sabido desde el principio mandar, hacerse temer y obedecer. ¿Queremos nosotros volver á poner las cosas en órden? Ejercitemos un imperio absoluto, y seamos inexorables; declaremos á nuestro cuerpo que de él no queremos otra cosa que servicio, trabajo, práctica de penitencia, y jamás placer alguno. Intimemos á nuestro corazon la ley de Dios, y sofoquemos desde su nacimiento todo deseo que no sea conforme á ella. No permitamos á nuestro espíritu sino pensamientos útiles, ni otro conocimiento que el de la Religion y el de nuestras obligaciones. Ponga-

mos un freno á nuestra lengua, un velo sobre nuestros ojos, y un tapon á nuestras orejas. Consultemos todos los dias nuestra conciencia, y ejecútense luego al punto sus órdenes; y el primero de nuestros sentidos que excitare la mas mínima rebelion, ó hiciere sentir el mas mínimo ruido, sea luego al punto severamente castigado; y entonces volverán la calma y la tranquilidad, y gozaremos delante del Señor una paz profunda, y la abundancia de los bienes del cielo.

*Peticion y coloquio.*

¡Ah! concededme, ó Señor, las gracia de cumplir estas santas prácticas con fidelidad, para que por medio de la servidumbre y dependencia de mis sentidos, y de la mortificacion de mi carne, por medio de la sumision de mi espíritu á vuestra santa voluntad, y por medio de una perfecta confianza de mi corazon en vuestras misericordias, llegue á la gloria y á la felicidad que Vos me preparais. Amen.

MEDITACION CCCXXVII.

JESÚS SE SUJETA Á PADECER EL SUPPLICIO DE LOS AZOTES.

(Math. xxvii. 26; Marc. xv. 15; Joan. xix. 1).

1.º Del rigor de este suplicio; 2.º por qué haya querido el Salvador sufrir tanto, pudiendo rescatarnos con muchos menores tormentos; 3.º de los sentimientos que ha inspirado á los cristianos el suplicio de los azotes del Salvador.

PUNTO I.

*Del rigor de este suplicio.*

«Entonces, pues, cogió Pilato á Jesús, y lo azotó...»

1.º *Supplicio cruel por sí mismo...* La ley de los judíos<sup>1</sup> prohibia dar mas de cuarenta golpes, y aun no se daban sino treinta y nueve<sup>2</sup>; pero entre los romanos no era limitado el número. Entre los judíos el paciente estaba postrado ó inclinado; entre los romanos estaba derecho, en pié, pegado á una columna que él abrazaba con las manos atadas con correas al otro lado de la misma, y con los piés unidos y pegados á lo bajo de ella. Los cuatro soldados que debian crucificar al paciente, cuando debia ser crucificado, estaban tambien encargados de esta ceremonia. Los azotes se daban con varas, con correas, ó con cuerdas; y tal vez estos instrumentos remataban en nudos, ó estaban armados de garfios de hierro y puntas bien ajusta-

<sup>1</sup> Deut. xxv. 3. — <sup>2</sup> II Cor. xi. 24.

das á las cuerdas <sup>1</sup>. Este suplicio era tan horrible entre los romanos que solamente se usaba para los extranjeros y esclavos. Se servían también de él como de una especie de tormento para sacar la verdad de la boca de los culpados; y muchos espiraban debajo de los golpes, no pudiendo sostener la violencia de tan cruel tormento <sup>2</sup>. Tal es ciertamente, ó divino Jesús, el cruel y vergonzoso tormento que Vos habeis querido sufrir por nosotros, y á que os habeis sujetado, para expiar nuestros desreglados y malvados placeres. ¿Cómo puedo yo ofenderos aun?

2.º *Suplicio mas cruel por las particulares circunstancias... La primera era el fin de Pilato.* No habia él renunciado á su primer designio que habia propuesto dos veces, que era de castigar á Jesús y librarlo despues; pero queria que el pueblo quedase contento, y por esto quiso hacer de Jesús un objeto de compasion, capaz de enternecer los corazones mas bárbaros; en su consecuencia dió sus órdenes á los verdugos, y fueron cruelmente ejecutadas... *La segunda fue la delicadeza de la carne de Jesús.* Desde los primeros golpes *aquella carne virginal quedó cárdena, rota, y maltratada;* de todas partes corria como un arroyo la sangre. Los crueles instrumentos se llevaban consigo á pedazos la carne, y no tardó de ser una sola llaga todo el cuerpo de Jesús, ó antes bien, cayendo los golpes sobre las llagas fueron haciendo continuamente otras nuevas sobre las que ya habian hecho... ¡Qué atroz, qué sangriento espectáculo! ¡Quién podrá pensar en él sin estremecerse y sin horrorizarse! Ó Dios mio, ¿con qué título he podido yo merecer que tanto sufráis por mí? *La tercera fue el silencio de Jesús.* En medio de un suplicio tan horrible no profirió Jesús una sola palabra, no se oyó salir de su boca la mas mínima queja ni el mas mínimo suspiro. Se habria pensado acaso que era insensible á los golpes de que era oprimido y destrozado. Un silencio tan divino y sin ejemplo, léjos de enternecer aquellos corazones feroces, servía antes para irritar su rabia, y para animarlos á multiplicar los golpes aun con mayor crueldad... No cesaron sino cuando estuvieron ellos mismos faltos de fuerzas, y tuvieron miedo que el paciente espirase, y que la víctima huyese de sus manos.

3.º *Suplicio infinitamente cruel por testimonio de los Profetas...* Aquí los Evangelistas observan un silencio bien sorprendente. San Lucas no habla palabra de los azotes. San Mateo y san Marcos los indican solamente con esta palabra: *Hizo azotar á Jesús.* San Juan solo ha-

<sup>1</sup> III Reg. XII, 11. Se llamaban escorpiones.

<sup>2</sup> Por relacion del jurisconsulto Ulpiano.

ce de ellos un artículo separado en que dice puramente esta palabra: *Y lo azotó.* Pero si el celo de estos discípulos aficionados á su Maestro fue tan contenido para que no pareciese sospechoso; Dios ha dado á su Hijo testimonios de otro género, cuales solo á él convenia dar, y que siendo anteriores por muchos siglos al suceso, no podian hablar sino despues de haber sido iluminados de una luz divina, cuyas expresiones no podian ser sospechosas de parcialidad ni de exageracion, y cuyo testimonio llevá consigo una prueba convincentísima. Seria cosa muy larga querer referir aquí lo que los Profetas han dicho de los azotes del Salvador. Nos contentarémós con referir algunos pasos... «*Los pecadores* (dice David <sup>1</sup> en la persona «del Mesías) *han fabricado* (ó dado golpes) *sobre mi espalda...*» Me han batido ó golpeado como los herreros baten sobre el yunque á grandes golpes, de concierto y sin interrupcion; ó segun otro significado de la palabra hebrea, han trabajado sobre mis espaldas; las han surcado con haber hecho llagas largas y profundas... Y en otra parte... «*han contado mis huesos* <sup>2</sup>...» habiéndolos visto descubiertos y despojados de las carnes que los cubrian... «*Dios* (dice Job <sup>3</sup>) *me ha entregado en manos de los impíos... me ha quebrantado y puesto como por su blanco... me ha traspasado los lomos por todas partes, no me ha perdonado... me ha destrozado con heridas sobre heridas; se aplomó sobre mí como un gigante* <sup>4</sup>... De la planta del «*pie* (dice Isaías) hasta la cabeza no hay sanidad alguna en él (al «opuesto): herida, cardenal y llaga hinchada que no haya sido exprimida, ni fajada, ni templada con olio... Finalmente, Isaías dice también <sup>5</sup>: *Ciertamente él fue llagado*, estrujado de los golpes «*por causa de nuestras maldades...*» ó Dios mio, por nuestros pecados. ¿Cómo? ¿Por los malvados Vos sufrís un tal suplicio? ¿Por mí sufrís dolores tan excesivos? ¿Por mí Vos abandonais vuestra carne inocente á cuanto la crueldad tiene de mas bárbaro? ¿Y yo? ¿Qué haré yo, pues, ó Salvador mio, qué haré yo por Vos, y por expiar mis propios pecados?

## PUNTO II.

*Por qué motivo el Salvador haya querido sufrir tanto, pudiendo rescatarnos con mucho menores penas.*

Esta es una pregunta que se hace algunas veces; y ya que hemos llegado al primer derramamiento de sangre causado por los verdu-

<sup>1</sup> Psalm. cxxviii, 3. — <sup>2</sup> Psalm. xxi, 18. — <sup>3</sup> Job, xvi, 12, 13.

<sup>4</sup> Isai. I, 6. — <sup>5</sup> Isai. LIII, 5.

gos de Jesucristo, es cosa oportuna responder aquí, y lo que diremos servirá para toda la pasión. Nosotros no pretendemos penetrar los consejos de Dios que adoramos; pero sin querer investigar estos abismos podemos indagar con respeto las razones de su conducta que pueden adaptarse á nuestra capacidad y servir á nuestra edificación.

1.º *Razones tomadas de parte de Dios...* Quiso el Salvador sufrir todos estos excesos para mostrar á Dios su Padre su amor, su respeto, su obediencia, y para satisfacer abundantemente á su justicia. El amor no está ocioso, quiere manifestarse, no se sacia sino de excesos, y creeria no haber hecho cosa alguna si dejase de hacer ó de padecer alguna cosa. Aquellos en quienes arde alguna centella de este divino amor se animarán de este pensamiento, y comprenderán cuál deba ser la sed de Jesús por las humillaciones y por los sufrimientos que debían honrar á su Padre.

2.º *Razones tomadas de nuestra salvacion...* Jesús era nuestro Salvador, y nada quiso omitir de cuanto podia contribuir á nuestra salvacion. Él ha sufrido: 1.º *Por sostenernos en nuestras penas...* Nosotros debíamos sufrir muchas penas y dolores: lo primero en el orden natural, despues para conservar nuestra fe, y finalmente en la práctica de la virtud. El Salvador en todas estas penas ha querido ser nuestro modelo, nuestra fuerza y nuestra consolacion: ha querido que en nuestras penas podamos decir para sostenernos y animarnos: yo sufro, pero lo que sufro es nada en comparacion de lo que ha sufrido mi Maestro por mí. 2.º *Para hacernos aborrecer el pecado...* Mucho importaba para nuestra salvacion queuviésemos una viva idea de la santidad de Dios, de su grandeza, de la severidad de sus juicios, del rigor de sus castigos, de la gravedad del pecado, y que comprendiésemos cuán enorme pecado es una desobediencia á las leyes de esta suprema Majestad. ¿Y de dónde podíamos derivar esta idea sino de los sufrimientos y de las humillaciones de nuestro Salvador? Si nosotros no las perdiésemos jamás de vista, no podríamos jamás resolvernos á cometer un solo pecado. 3.º *Para excitar nuestra confianza...* Despues de tantos pecados, despues de tantas recaidas en los mismos pecados, en medio de tantas culpas que cada dia cometemos, teníamos necesidad de un poderoso motivo para no dejarnos llevar de la desesperacion, y para animarnos á la confianza en Dios, sin la cual ninguno puede agradarle. Pero ahora ¿quién podria ya turbarnos, ó debilitar en nosotros los sentimientos de una entera confianza, al ver la sobreabundancia del precio que

se ha pagado por nosotros? 4.º *Para animar nuestra esperanza...* Ninguna cosa era mas propia para sostenernos en el ejercicio de las mas heroicas virtudes que una alta idea de la felicidad del cielo, y una firme esperanza de que al fin de nuestros dias será nuestra recompensa. ¿No hallamos, por ventura, la una y la otra en la consideracion de cuanto ha padecido el Salvador para entrar en su gloria, sabiendo por la fe que lo ha ofrecido por nosotros, y para hacernos participantes de la misma gloria?... 5.º *Para inflamarnos de amor divino...* El compendio y la perfeccion de la ley es el amor de Dios y el amor del prójimo. ¿Y podemos nosotros, meditando la pasión del Señor, no amar á un Dios que nos ha dado su propio Hijo por Salvador, que se ha dado á nosotros de tantas maneras, y que con tanto amor se ha abandonado por nosotros al furor de sus enemigos? ¿Podemos nosotros no amar á nuestros hermanos que él ha amado, que ha rescatado como á nosotros, y que como á nosotros llama á la misma felicidad? Ahora, si el Señor nos hubiese rescatado con cualquiera pena ó tormento pequeño, bien que fuese de infinito precio, no encontraríamos en él todas estas ventajas que justamente nos procuró con haberse abandonado á tantos excesos. ¡Oh, y cuán amable es este divino Salvador! ¡Oh, y cuánto merece nuestro reconocimiento, y que lo hagamos todo por él!

3.º *Razones tomadas de la gloria misma de Jesucristo...* El cielo era debido á Jesucristo por derecho de nacimiento; pero ha querido merecerlo para sí y para nosotros, como debemos nosotros mismos merecerlo con la aplicacion de sus méritos. Ahora, en aquella habitacion de la vida, de donde está desterrada la muerte, y donde todo vive en Dios, en aquella morada de la gloria, donde todas las acciones, penas, tormentos y sufrimientos de los Santos viven en una eterna memoria, y están siempre presentes delante del trono de Dios, y el espíritu de todos aquellos bienaventurados inmortales, no convenia que la Cabeza y el Rey de tantos héroes les precediese solamente por la dignidad de su persona y por los derechos de su nacimiento; era necesario que los sobrepusese tambien por el esplendor de sus méritos y por el heroismo de sus virtudes. Y esta es la gloria que él se ha adquirido con las profundas humillaciones y con los crueles tormentos que ha sufrido. Y esta gloria misma contribuye á la felicidad de los Santos. ¡Qué fortuna para ellos tener un tal Rey por su cabeza, haberse dedicado á seguirlo, y hallarse en su corte! ¡Oh y cuál es la union de sus corazones, y el ardor de su amor para este Rey de la gloria, que tanto ha hecho por ellos, y les

ha procurado una tan grande felicidad, y á tan grande costa! Este pensamiento nos debe animar á seguirlo en sus humillaciones y en sus sufrimientos, para seguirlo despues eternamente en la habitacion de su gloria.

Tales son las razones que podemos pensar que Dios ha tenido en querer que su Hijo nuestro Señor obrase nuestra redencion con su muerte, y que este divino Salvador haya tenido él mismo para aceptar con júbilo estas condiciones, y cumplir la orden de su Padre, serle obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz.

### PUNTO III.

*De los sentimientos que este suplicio de los azotes del Señor ha inspirado á los cristianos.*

1.º *Á los Mártires...* Sentimientos de alegría en los suplicios... Los azotes fueron el primer suplicio que se ha padecido por la fe. Los Apóstoles, y san Pedro el primero, fueron los primeros que tuvieron el honor de sufrirlos por sentencia del Consejo de los judíos<sup>1</sup>; «y salian alegres (*dice la Escritura*) de la presencia del Consejo, por que habian sido juzgados dignos y merecedores de sufrir afrentas «por el nombre de Jesús...» San Pablo se gloria de haber sufrido este suplicio ocho veces de los judíos: cinco veces con correas ó cuerdas, y tres veces con varas<sup>2</sup>, y si lo rehusó bajo el tribuno Lisias<sup>3</sup> fue; porque en aquella ocasion no se trataba de la fe y del nombre de Jesús... Todos los Mártires en este mismo suplicio, ó en otros semejantes, han manifestado su alegría, y se han tenido por dichosos. ¿Quién otro que un Dios puede inspirar estos sentimientos en un suplicio tan cruel y antecedentemente tan vergonzoso? Y además ¿qué otro sentimiento pueden tener aquellos que padecen este suplicio, sabiendo que un Dios ha querido sufrirlo por ellos?

2.º *Á los fieles afligidos...* Sentimientos de sumision y de accion de gracias en sus penas... Los dolores y las enfermedades del cuerpo, las penas del espíritu, las contradicciones, las humillaciones, las desgracias, los males públicos y particulares son azotes de Dios y como varas con que nos castiga. Los golpes que su mano paterna deja caer sobre nosotros son sensibles; pero una alma cristiana, que sabe que ni menos él perdonó á su propio Hijo, léjos de dolerse y lamentarse de ellos, los recibe con sumision. Y aun va ella mas ade-

<sup>1</sup> Act. v, 41. — <sup>2</sup> II Cor. xi, 24. — <sup>3</sup> Act. xxii, 24, 29.

lante; le da las gracias por haberla hecho con esto compañera en los sufrimientos de su Hijo, por hacerla con esto expiar sus pecados, por tenerla léjos de la ocasion de cometer otros, por perfeccionar y purificar así su virtud, y despegarla de la carne y del mundo, para que se una mas estrechamente á él solo. Ella entra tambien á parte de sus designios: Jesús paciente, Jesús azotado, y destrozado de los golpes, es el objeto de sus meditaciones, es su apoyo y su fuerza, su consolacion y su esperanza.

3.º *Á los penitentes y á las almas fervorosas...* Sentimientos de odio de sí mismas, y deseo de mortificar su carne... El suplicio de los azotes que padeció el Salvador es entre todos sus suplicios el que la penitencia y el fervor pueden imitar mas fácilmente. Los azotes ó la disciplina ha sido empleada en la penitencia pública de la Iglesia, y lo es aun en la penitencia privada. Si tal vez se ha introducido algun abuso en este ejercicio, esta no es razon para proscribirlo; y si no es cosa conveniente aconsejarlo á toda suerte de personas, es cosa aun menos conveniente el prohibirlo á todas. No se puede sin temeridad condenar ó despreciar un ejercicio que tantos Santos han practicado, que tantos sábios fundadores de Órdenes religiosas han prescrito, y de que san Pablo mismo parece habernos dado el ejemplo cuando dice<sup>1</sup>: «Yo combato, no como el que hiere el aire, sino «castigo mi cuerpo, y lo pongo en esclavitud...» Avergonzarse de la disciplina tomada por penitencia es en algun modo avergonzarse de los azotes del Salvador. Si este ejercicio es humillante, ¿no lo fue por ventura el del Señor? Si es doloroso, ¿no lo fue tambien el suyo? ¿Pretendemos nosotros acaso expiar los pecados de nuestra carne sin hacerla sufrir? Si este es el castigo de los niños y de los esclavos, ¿no somos por ventura hijos indóciles y desobedientes, no somos esclavos insolentes y rebeldes? Debe sin duda este ejercicio ser regulado por una suma prudencia; pero las mas de las veces ¿no se abandona acaso menos por prudencia que por pereza? Los Santos han sacado de él muchas ventajas, que como ellos podemos tambien sacar nosotros, pero sin seguirlos en los devotos excesos á que ellos se han abandonado. La disciplina tomada regularmente y con la conveniente moderacion nos une á los azotes del Salvador, nos aplica sus méritos, nos los imprime en la memoria, y excita nuestro reconocimiento. Ella humilla la carne, la doma, reprime sus movimientos y las rebeliones, conserva el fervor y la alegría del espíritu, le ahuyenta los malos pensamientos, y lo des-

<sup>1</sup> I Cor. ix, 26, 27.

pierta de la soñolencia, languidez y flojedad á que se deja naturalmente inclinar, y lo hace mas apto para elevarse á Dios y gustar las cosas celestiales. Los que no pueden, ó los que no deben practicar este ejercicio, súplanlo con otros instrumentos ó medios de penitencia que produzcan el mismo efecto; porque no debemos pasar la vida sin algun ejercicio de penitencia corporal, y de conformidad con la pasion del Salvador, si queremos llegar á ser herederos de su gloria.

*Peticion y coloquio.*

Sí, ó Señor, vuestra penitencia, bien que excesiva, no me purificará si yo no uno á ella la mia. Espire, pues, en mi corazon el amor de los falsos gustos y de la vana gloria del mundo. Hacedme participante de vuestras humillaciones y de vuestros sufrimientos, ó Jesús, para que participe de la felicidad del cielo. Amen.

MEDITACION CCCXXVIII.

JESÚS ES CORONADO REY.

(Matth. xxvii, 27-30; Marc. xv, 16-19; Joan. xix, 2, 3).

Consideremos: 1.º los ornamentos de la dignidad real de Jesucristo; 2.º los homenajes que rinden á la soberanía de Jesucristo; 3.º el misterio de la soberanía de Jesucristo.

PUNTO I.

*Ornamentos de la dignidad real de Jesucristo.*

1.º *El primero fue el manto...* «Entonces los soldados del presidente, llevando á Jesús al pretorio, juntaron al rededor de él toda la cohorte, y despojándolo, le pusieron encima una clámide<sup>1</sup> de color de coco...» Habiendo Jesús padecido el suplicio de los azotes, y habiendo vuelto á tomar sus hábitos, les vino al pensamiento á los soldados, ministros de esta ejecucion, y á todos los soldados del Pretorio, el tener un divertimento digno de su crueldad; y tomaron para él la idea del delito mismo que imputaban á su prisionero. Lo acusaban de haber querido hacerse rey, y de decirse Rey de los judíos, y se imaginaron hacer con él un rey de teatro, y la ceremonia de su coronacion. Condujeron á Jesús del lugar donde habia sido azotado al atrio interno del Pretorio donde estaban los sol-

<sup>1</sup> Especie de capa corta que usaban los romanos.

dados; aquí llaman con ellos toda la cohorte. Todos se acercaron allí con diligencia... Entremos tambien nosotros en espíritu en este atrio del Pretorio; observemos lo que en él se hace, y pidamos al Salvador la gracia de comprender este profundo misterio, y de aprovecharnos de él... El primer distintivo de la soberanía que dieron á Jesús fue un manto viejo y roto de color de púrpura que le echaron sobre el cuerpo por la alusion al manto real. Esta ignominia fue acompañada de un cruel suplicio, porque comenzaron por despojarlo de sus vestidos ya pegados sobre las llagas recientes que habia recibido de los azotes, y su sangre comenzó de nuevo á correr por todas partes. Entre tanto el Salvador no hablaba palabra, no dejaba escapar un suspiro, ni hacia la mas mínima resistencia. Se dejaba conducir, despojar y revestir como querian. Expiaba con esto las delicadezas de nuestro cuerpo, los placeres de nuestra perversa carne, el lujo de nuestros vestidos, la vanidad que de ellos sacamos, y el orgullo que nos inspiran. Nos merecia la gracia de la penitencia y de la mortificacion, la gracia del desprecio del mundo, de sus pompas y de toda su gloria. En los dolores del cuerpo, en las humillaciones, en la pobreza, unámonos á Jesús cubierto de aquella púrpura ignominiosa.

2.º *El segundo fue la corona...* «Y tejiendo una corona de espigas, se la pusieron en la cabeza...» Continuando los soldados su cruel divertimento, tomaron un manojo de espinas flexibles, armadas de puntas duras y largas: de esto hicieron una corona que le pusieron sobre la cabeza, y se la afianzaron haciéndola entrar á viva fuerza. La sangre corre por todas partes; y lo que habria causado compasion, lo que no se habria podido ver sin horror en los mas viles animales, no sirve para otra cosa que para excitar la risa insolente y los insultos crueles de aquellos bárbaros corazones. El Salvador se dejó poner y fijar esta nueva diadema, llevando de este modo sobre su cabeza inocente los frutos de la maldicion fulminada á la tierra, expiando la loca ambicion de nuestros padres, que despues sucesivamente han ido enviando á sus hijos, y que en los grandes y en las testas coronadas ha ocasionado en todos los tiempos tantos estragos, y ha derramado tanta sangre. Expiaba aquel deseo de dominar que se halla en todos los corazones, y que mueve á cada uno á alzarse sobre los otros á costa de la justicia, de la verdad, de la caridad, y aun á costa de la fe. Expiaba todos los pecados que se conciben, que se sustentan y se mantienen en nuestras cabezas prevaricadoras, en nuestra memoria, en nuestra imagina-

ción y en nuestro espíritu. Expiaba los cuidados idólatras que se toman tantas personas mundanas por adornar una cabeza pecadora, deseosas de exponerla á la pública vista, y tirarse detrás de sí con ella adoradores, por adornar una cabeza orgullosa y un ídolo abominable, que no es otra cosa que polvo, y que debe convertirse en polvo. Nos merecía la gracia de la humildad, de la dulzura, de la paciencia y del desprecio de las grandezas y de la estima del mundo. En las tentaciones, en los proyectos de fortuna, de ambición ó de venganza, en los pensamientos ó en las imaginaciones impuras, pensemos en la cabeza de Jesús coronada de espinas; y cuando padezcamos en esta parte del cuerpo pensemos en los pecados que hemos cometido con ella, y para expiarlos unamos lo poco que en ella sufrimos con lo que Jesucristo mismo ha padecido en ella por nosotros.

3.º *El tercero fue el cetro...* «Y una caña en su mano derecha...» En vez de cetro le pusieron en la mano derecha un pedazo de caña. Ninguna cosa rehusó Jesucristo; la aceptó, la tomó y la tuvo en la mano como ellos deseaban. En este estado finalmente apareció á aquella insolente soldadesca un objeto digno verdaderamente de risa. Si hubieran tenido algun sentimiento de humanidad, habria antes debido parecerles un objeto digno de compasión. Pero á los ojos de la fe, ¡oh cuán digno es de nuestras adoraciones, de todo nuestro amor y de todo nuestro reconocimiento! Con aquella caña nos advierte la fragilidad de todas las potestades terrenas, la vanidad de todas las humanas grandezas; satisface por los pecados que se cometen con el abuso de la autoridad, y santifica el cetro de los reyes, y les merece la gracia de evitar los innumerables peligros de que está rodeada la potestad soberana. Merece la misma gracia á todos aquellos que tienen cualquier imperio, y cuyos peligros de toda especie crecen á proporcion de su altura. Los monarcas y todos los que mandan deben unir su cetro al de Jesucristo, y las penas que á él están anejas á las que Jesucristo sufre. Todos los hombres deben poner su confianza en el cetro de Jesucristo; deben mirarse á sí mismos como débiles cañas, que no pueden tener estabilidad sino en cuanto se abandonan en las manos de Jesucristo, y en cuanto los lleva y los sostiene esta mano omnipotente.

## PUNTO II.

*Homenajes que rinden á la soberanía de Jesucristo.*

«Y doblando la rodilla delante de él, se burlaban... y empezaron á saludarle... y se acercaban á él, y decían: Dios te salve, Rey de los judíos, y le daban de bofetadas... y le daban golpes en la cabeza con una caña, y le escupian encima, y doblada la rodilla «lo adoraban...» En estos homenajes que rinden á Jesucristo hagamos las siguientes reflexiones:

1.ª Consideremos *lo que padece y lo que sufre...* Sufrir burlas y escarnios en gestos y en palabras... Iban delante de él los unos despues de los otros, y para burlarse de él doblaban la rodilla, lo adoraban y lo saludaban, diciéndole: Te saludo, Rey de los judíos... Sufrir insulto y ultraje en bofetadas y en salivas... Así tambien lo habian tratado en casa de Caifás, en burla y desprecio de su cualidad de Mesías y de Profeta. Aquí su cualidad de Rey le cuesta mucho mas aun... Sufrir finalmente dolores crueles y golpes inauditos que le dan. Tomaban la caña que tenia en la mano, y con ella le daban golpes en la cabeza, sirviéndose de este modo de su cetro para consolidar mas sobre su cabeza la corona que llevaba. ¡Qué barbarie! ¿Quién podrá concebir jamás la grandeza de este suplicio? Una espina entrada en la cabeza ¡ah qué tormento! Por poco que se toque, ¡oh qué dolor! Jesús tiene la cabeza traspasada por todas partes; las tocan, las mueven todas de una vez, las encajan con violencia y á grandes golpes, ¡qué suplicio! y ¡oh por cuánto tiempo duró esta sanguinosa escena! ¡Ah! ¡cuántos de estos golpes recibió Jesús! Es regular que ninguno de los soldados haya querido eximirse de prestar su homenaje, y que cada uno de ellos le haya dado replicados golpes... ¡Oh Salvador mio y Rey mio, á qué precio me rescatais! ¡Oh y qué cara os cuesta mi alma!

2.ª *¿Cómo lo sufre él?...* Con una paciencia mas que humana, y de hecho divina... Aquí tambien se cumple la palabra del Profeta<sup>1</sup>: «He abandonado mis mejillas á los que me arrancaban el pelo de la barba; no he apartado el rostro de los que me cubrian de injurias «y de salivas...» Aquí Jesús no tenia los ojos vendados como en casa de Caifás: aquí veia los homenajes insultantes que se le rendian, veia los golpes que se le preparaban, y con todo eso el temor no

<sup>1</sup> Isai. L, 6.

le hizo jamás hacer algún movimiento para evitarlos ó disminuir la violencia. Cuando le quitaban de la mano la caña la cedía; cuando se la volvian á poner la volvía á coger. Todo lo sufría en un profundo silencio, y como si fuese del todo insensible. Si los soldados hubieran reflexionado por un momento sobre una paciencia tan extraordinaria, habrían sospechado en ella algún misterio, y habrían temido pasar mas adelante; pero al contrario, aquella paciencia sobre que no reflexionan aumenta su insolencia, y los confirma en su barbarie. ¡Cuál será su sorpresa y su desesperacion cuando verán al que ahora tratan tan indignamente ser su juez en el día de la eternidad!... Jesucristo sufre todavía nuestros pecados, nuestros desprecios, nuestros insultos y nuestras blasfemias. La paciencia de Dios, que deja en el mundo tantos pecados sin castigo, hace mas audaces los pecadores, pero deberia hacerles temblar. ¡Ay de mí, y cuán sorprendido quedaré yo cuando vea la majestad terrible á quien sirvo con tanta negligencia, que con tanta facilidad ofendo, y á quien con tanta frecuencia falto al respeto!

3.º *¿Por qué sufre?...* Sufre para expiar el culto impío que los idólatras han dado á los demonios, con desprecio de Dios su Criador y su Bienhechor, á quien debian homenaje, obediencia, reconocimiento y amor; para expiar el culto superficial y puramente externo que los judíos por la mayor parte daban á Dios, que solo honraban con los labios, mientras su corazon estaba lejos de él, rebelde á sus leyes, desobediente á sus órdenes, pegado á la tierra, é indiferente á las promesas de la ley y á los bienes celestiales que el Mesías les debia traer; para expiar el culto hipócrita de tantos falsos cristianos que han recibido el Bautismo, y no observan sus promesas; que se glorian de creer el Evangelio, y no escuchan á la Iglesia; que tienen la fe, y la deshonran con sus obras; que por sus votos y su hábito hacen profesion de piedad, y viven en pecado; y que en las acciones mas santas, en el uso de los Sacramentos, en la adoracion externa de la divina Majestad, y hasta al pié de sus altares, lo insultan con la corrupcion de su corazon, con las pasiones que dentro de sí sustentan, y con los pecados en que viven y que aman... ¡Ah Salvador mio, cuánta parte tengo yo en los homenajes insultantes y dolorosos que habeis sufrido en el Pretorio! Yo soy el que os he puesto aquella corona de espinas, el que os he insultado con burlas, el que os he escupido en el rostro, el que os he dado golpes en la cabeza, y he hecho correr por ella la sangre, y el que os he ocasionado tan crueles dolores. Pero Vos habeis sufrido tan crue-

les ultrajes para merecerme la gracia de dar á Dios un culto puro, y de adorarlo en espíritu y verdad. Por Vos solo, ó Salvador mio, le puedo dar este justo tributo, y borrar los pecados del culto lleno de hipocresia y de disimulacion con que tan frecuentemente lo he irritado. Me postro, pues, á vuestros piés, ó Dios mio, ó Rey mio, perdonadme todas mis irreverencias. Querria poder recompensar con mis sinceros homenajes todos los ultrajes que recibis aun entre nosotros... ¡Ah! perdonadnos, Señor; mudad nuestros corazones para que podamos por medio de un culto digno de Vos reparar la manera indigna con que por lo pasado os hemos servido.

## PUNTO III.

*Misterio de la soberania de Jesucristo.*

Lo que de parte de los soldados romanos era una escena de burla y de crueldad era de parte de Dios un misterio de gloria y de salud... Es allá sobre el monte Sion donde Jesús es verdaderamente establecido Rey<sup>1</sup>. Allá es donde su Padre le da como la investidura de un reino bien diferente de los reinos de la tierra. Allá Jesús toma la posesion de él; allá recibe los distintivos ó insignias de su soberania; allá es hecho y declarado Rey de Israel; aquel Rey prometido á los judíos, la salvacion del mundo, y la expectacion de las naciones... Allá es donde Jesús viene á ser

1.º *Rey de los Mártires...* Con ellos dividirá el cáliz de su pasion, y ellos lo beberán con él. Participarán de sus dolores, de sus azotes y de su cruz; pero la corona, la púrpura y el cetro pertenecen á él solo. Este es un género de suplicio reservado á él solo, y de que ninguno participará con él. Podrán los tiranos inventar y ejercitar sobre sus discípulos toda suerte de tormentos atroces é inauditos, menos este, que debe en todos los siglos y en la eternidad distinguir el Rey de los súbditos. Todos los otros suplicios están subordinados á esta corona de espinas, á este cetro de caña, y á esta púrpura ensangrentada. De aquí traen ellos su mérito, su esplendor y su gloria. De aquí sacan los Mártires su fuerza, su valor y su perseverancia. Os adoro, ó Rey de los Mártires. Vos habeis tenido mucha razon en decir, ó sumo Rey, que vuestro reino no era de este mundo... ¿Y quién jamás habria pensado en hallar en me-

<sup>1</sup> Psalm. II, 6.

dio de tantos oprobios y tormentos una soberanía real tan sublime, tan admirable, tan excelente, tan perfecta?

2.º *Rey de los escogidos...* Todos no son llamados á la gloria del martirio, pero todos deben trabajar para ser del número de los escogidos. Si aspiramos como debemos á aquella felicidad, hé aquí nuestro Rey: no nos engañemos; este es el que debemos seguir, el que debemos imitar, y á quien debemos hacernos semejantes para entrar con él en su reino. Contemplemos su corona, su cetro y su púrpura. ¡Ah! no nos atemorice esta apariencia; él es el Rey de las virtudes; ni por otro camino que por el de las virtudes humillantes, mortificantes y penosas podemos llegar al cielo. Se nos presentará á nosotros un otro rey coronado de rosas, resplandeciente de gloria, con cetro de oro en mano; pero ¡ah! no lo sigamos: es un impostor; su esplendor es un prestigio, son amenazas sus promesas; y el término á que quiere conducirnos es un horrible abismo, es un suplicio eterno. Sigamos al Rey de los escogidos; en su seguimiento, sostenidos de su fuerza, animados de su ejemplo y fortificados en la grandeza de nuestra esperanza, encontraremos en la mortificación, en la penitencia, en la fuga de los placeres, en la mansedumbre, en la humildad y en la paciencia una consolación mas sensible y una felicidad mas sólida que en todos los bienes que pueden prometernos el demonio, la carne y el mundo. Jesús nuestro Rey ha tomado sobre sí cuanto en esto habia de mas duro y de mas penoso: si quedan aun algunas espinas en el camino de la virtud, si en él encontramos tal vez algunas debajo de nuestros pasos, pensemos que ellas han traspasado la cabeza de nuestro Rey, y han hecho correr por ella arroyos de sangre. ¿Y tendremos despues de esto corazón para lamentarnos? ¡Ah! si somos tan delicados que no queremos sufrir cosa alguna en seguimiento de nuestro Rey coronado de espinas, temamos ser un día excluidos del número de sus súbditos y del reino de la gloria, al que él nos conduce.

3.º *Rey de todas las criaturas...* Aquella soberanía, llena de dolores y de confusión, es al mismo tiempo una soberanía llena de virtudes y de méritos: aquella soberanía, cuyos distintivos recibe aquí Jesucristo de las manos de su Padre, debía durar para él y para los que lo siguen solo por un breve espacio de tiempo, despues del cual debía mudarse en una soberanía llena de grandeza, de majestad y de poder. Nosotros podemos someternos y echarnos fuera de la primera; pero toda criatura estará necesariamente sujeta á la

segunda, que por medio de la primera ha adquirido él, y que le ha dado el derecho de reinar sobre todas las criaturas, y de juzgarlas sin apelación y por toda la eternidad. Amigos y enemigos, fieles é infieles, todos deben comparecer delante del tribunal de este sumo Rey, y recibir de él la sentencia irrevocable que decidirá de su suerte eterna. Ya no será jamás Rey de ignominia y de dolor, objeto de irrisión y de compasión, rodeado de soldados que lo ultrajen y lo atormenten; sino Rey de gloria y de majestad, cercado de Angeles ejecutores de sus órdenes, y un Rey justo y omnipotente que vendrá á juntar y llevar consigo los que habrán sido participantes de sus sufrimientos, y á condenar á los suplicios eternos los que habrán rehusado reconocerlo, los que habrán quebrantado sus leyes, los que habrán despreciado sus humillaciones, y los que habrán ultrajado ó su persona ó la de sus siervos...

*Peticion y coloquio.*

Ó Rey supremo, os adoro en el estado de vuestra humillación. No me desecheis en el día de vuestra gloria; reinad sobre mí desde ahora y para siempre. Amen.

MEDITACION CCCXXX.

JESÚS ES MOSTRADO AL PUEBLO.

(Joan. xix, 4-8).

1.º Jesús es mostrado al pueblo; 2.º de la palabra de Pilato, *Ecce homo*: Hé aquí el hombre; 3.º de la palabra de los judíos: *Se ha hecho hijo de Dios*.

PUNTO I.

*Jesús es mostrado al pueblo.*

1.º *Pilato anuncia á los judíos que les hará ver á Jesús...* «Salió, «pues, fuera de nuevo Pilato, y les dijo: Hé aquí que os lo traigo «fuera, para que sepais<sup>1</sup> que no hallo en él causa alguna...» Habiendo Pilato visto el estado en que la crueldad de los soldados habia puesto á Jesús, esperó que tan tierno espectáculo haria impresión sobre el corazón de los judíos, y ordenó que fuese sacado fue-

<sup>1</sup> Hay aquí un hebraismo y una frase abreviada, como si hubiese dicho: para que sepais cómo yo lo he tratado, bien que en él no encuentre algun delito.